

los árabes, y de parte del catalán la razón las más de las veces. Como Alfacib, walí de Denia, Lérida y Tortosa, y aliado y tributario del Conde, temiese de las paces que con el Cid nuevamente había ajustado su enemigo el walí de Valencia; probó por todos medios inducir al rey don Sancho de Aragón, á Berenguer de Barcelona y Armengol de Urgel á que tomasen las armas contra Rodrigo. Negáronse el primero y el último: el conde, recibida una fuerte suma de dinero, vino en la demanda, á tiempo que el de Bivar corría los montes de Morella y demás tierras de la raya. Llegado que hubo el barcelonés cerca de Zaragoza, logró que el emir entrase en la alianza y aun que le acompañase á suplicar al rey Alfonso de Castilla participase de ella; y como se negase el rey, el zaragozano, que debió por esto de concebir recelos sobre el suceso, si ya no había entrado en la liga contra su voluntad y sólo en fuerza de ser tributario de Berenguer, avisó secretamente al Cid que se aprestase para venir á batalla.

El castellano agradeció el aviso, contestando que despreciaba al conde y á los suyos; al mismo tiempo que por precaución había fortificado su campo en un estrecho valle, donde la ventaja no estuviese de parte del mayor número. Los catalanes partieron de Calamocha en su busca, acaudillados por su conde y por Bernardo, tal vez de Queralt, Gerardo Alamán y un tal Dorea, y vinieron á acampar no lejos del valle. Al combate precedieron los denuestos, que tales son el mensaje del conde al Cid y la respuesta de éste, entrambos preñados del odio que tan enemistados los traía (1); y con ellos creció la rabia en uno y otro campo. Habido consejo, los del conde al punto enviaron de noche una partida, que posesionándose del monte que se levantaba á espaldas de los reales del Cid, estuviese pronta á precipitarse sobre ellos. Al rayar el día el conde los atacó con gran gritaría por el valle; mas no cogió desprevenido al de Bivar,

(1) Véase el P. Risco: *la Castilla y el más famoso Castellano*, pág. 186.

que salió impetuosamente á su encuentro y desordenó su vanguardia. Ni fué estorbo para la victoria del Cid el caerse del caballo, de que quedó lisiado é incapaz de pelear: sus soldados dieron cima á lo comenzado, con tan buen suceso, que después de gran mortandad pusieron en fuga las gentes del barcelonés, y á él y unos cinco mil los trajeron prisioneros á la presencia de su jefe (a). Por su mandato fueron separados de los demás el que la crónica llama Señor Bernardo, Gerardo Alamán, Raymundo Murón, quizás Mirón, Ricardo Guillermo y buen número de otros nobles, á quienes se les puso junto con el conde bajo la más estrecha vigilancia. El botín corrió parejas con el estrago; y bien que el Cid por su caída había tenido que salirse del combate, con gran religiosidad vinieron á traérselo todo los de su hueste: ciertamente pocos príncipes había á la sazón capaces de vencer con fuerzas proporcionadas á quien como el Cid mandaba más en los corazones de sus soldados que por su rango y por la disciplina. Berenguer, humillado y confuso, acudió al fin pidiendo merced á Rodrigo; quien mal apagado el furor de la contienda, ni quiso recibirle benignamente, ni estando él sentado en su tienda permitió que se le diese asiento á su lado. Pero si el héroe castellano mandó le custodiasen afuera, no anduvo escaso en la despensa; bien que en vano, que mal podía apetecer las viandas sabrosas el que en un punto había visto perdidas su reputación y sus gentes (1). Ora se doliese de esa pesadumbre del barcelonés, ora quisiese, á la usanza de entonces, utilizar con el rescate la victoria; luégo de curado de su caída, á pocos días libertó al Conde y á Gerardo Alamán por la enorme cantidad de 80,000 marcos de oro de Valencia (2). Los demás pri-

(a) También existen sospechas acerca de la verdad histórica de esta segunda derrota del Conde.

(1) El *Poema-crónica* del Cid desarrolla esta circunstancia del no comer el conde, con un colorido muy característico de la época y del heroico Campeador. Véase el número 12 del APÉNDICE.

(2) Dando al marco ocho onzas de peso, á cada onza de oro de Valencia el valor de 8 sueldos de oro por cálculo ínfimo, y á cada sueldo de oro diez y seis suel-

sioneros prometieron crecidas sumas, á voluntad del de Bivar; y bajo su palabra partieron á sus tierras. Pronto fueron regresando, quienes con todo el dinero, quienes con parte, otros con sus padres y con sus hijos para quedar con ellos en prenda hasta satisfacer el resto: lealtad rara, que enterneciendo al Cid, le movió á celebrar consejo de sus cabos y á soltar sin ningún rescate á aquellas gentes.

Con esta batalla de Tobar del Pinar se extinguió el odio en el corazón del Conde, y así lo mostró cuando la ocasión se le vino á las manos. Hallábase poco después con muchos de los suyos en Zaragoza; y como supiese que habían llegado mensajeros del Cid, á la sazón enfermo en Daroca, portadores de una carta al Emir, llamóles y les encargó que saludando por él á Rodrigo, le manifestasen que deseaba serle amigo y valedor. El Cid por de pronto despreció la oferta, añadiendo que no quería tener ni amistad ni paz con el Conde; encono tenaz, singular, que unido á la probabilidad de que el hijo del conde asesinado vino á casar con la hija del Campeador, robustece los datos anteriores y la sospecha de si cupo parte de esto á las instigaciones de los constantes vengadores del fratricidio. Menester fué que sus propios compañeros de armas le pusiesen por delante con vivas demandas la sinrazón de tal tenacidad, cuando á tanto se le humillaba el barcelonés después de vencido, preso y despojado: por lo cual, cediendo Rodrigo consintió en lo que se le pedía. Alegres el Conde y los suyos al saberlo, partieron al campo del castellano á ratificar la paz y la amistad; y aun si hemos de creer á la crónica, el Conde puso bajo la protección de Rodrigo cierta parte de sus dominios, como si quisiese sacar una prenda que justificase la sinceridad de lo que prometía.

dos barceloneses, la cantidad que resulta raya en excesiva y verdaderamente enorme atendidos los tiempos. Por esto no es de extrañar que la crónica pondere tanto las riquezas que allegó el Cid y las que pudieron gozar sus gentes; ni que después, cuando sus cabos le instan á que sea amigo del conde, digan que á éste le había Rodrigo despojado de todas sus alhajas y riquezas, frase que de otro modo parecería muy exagerada.

Tras esto (1092) bajaron entrambos reunidos hacia la costa del mar, y acampando el Cid en Burriana, despidióse el Conde y tomó la vuelta de Cataluña.

Esta concordia no impidió que Berenguer continuase terciando en las contiendas de los walfes de las tierras vecinas de Valencia, en su mayor parte tributarios de la corona condal; y en eso mismo hallamos un testimonio de que no posponía á esas empresas la educación de su sobrino. Á 19 de Febrero de 1093, apenas cumplidos los once años, el huérfano Ramón Berenguer donaba ciertas posesiones á Ricardo Guillermo en cambio de un buen caballo que debía este guerrero entregarle en Valencia: de seguro el generoso mancebo participaba de aquellas expediciones, que habían de aleccionarle en la ruda escuela de las penalidades y del heroísmo. Mas estas mismas empresas trajeron al Conde á faltar á la fe prometida al Cid, cuando sitiados por éste los moradores de Murviedro vinieron á Cataluña á implorar su auxilio. Es vergonzoso que el crecido tributo que de los de Murviedro había recibido, fuese quizás parte para falsear sus empeños. Díjoles que no osaba venir á las manos con Rodrigo, pero que al punto se pondría en marcha para sitiar el castillo de Aurepensa (*Oropesa*), propio del Cid, y que mientras éste acudiría contra su campo, procurasen ellos abastecer la plaza. Ingenioso stratagema, si no envolviera un quebrantamiento de su palabra que sólo puede excusarse con lo de serle aliados y tributarios los de Murviedro; y como tan ingenioso lo puso por obra (1095). Rodrigo, sin duda conociendo el ardid, no desamparó el cerco de Murviedro; y tan receloso andaba el de Barcelona y poco ganoso de ser con él en batalla, que apenas se le anunció que la hueste del castellano venía sobre Aurepensa, que era lo que presumía y sin duda esperaba, al punto levantó el campo y á toda prisa regresó á sus tierras.

¿Esa falta contribuyó á acelerar su ruina? ¿La ira del Cid, que sólo la había dado treguas por las instancias de sus compañeros, estuvo ahora de acuerdo con los proyectos de los vengadores

dores del fratricidio? Venganza terrible fué aquella, que no pudieron distraer ni los largos años de demora, ni tantas guerras y acontecimientos famosos: otro de los ejemplos que nos dicen cómo ya en este mundo el crimen á veces tiene un castigo visible, si así cumple á los misteriosos caminos de la Providencia. Los últimos actos del infortunado Berenguer Ramón II fueron los avances contra Tortosa y una restitución al monasterio de Ripoll en 28 de Junio de 1096: después su memoria se borra del condado, y el año siguiente aparece rigiéndolo su sobrino. Pero esta laguna la llenan tristemente las escrituras, que revelan fué acusado de fratricida y traidor, y emplazado ante el tribunal de Alfonso VI de León y I de Castilla. Tal vez aquellos leales vasallos del asesinado Ramón *Cap d'Estopes* Bernardo Guillelmo de Queralt, Ramón Folch de Cardona, Arnaldo Mirón de San Martín, tomaron sobre sí la acusación y la sostuvieron en campo cerrado; mas es cierto que ó judicialmente ó por duelo ó juicio llamado de Dios se comprobó el delito. Deshonrado y vencido, abrazó la única resolución que ya podía poner á su vida un término digno del cristiano y del caballero; partió á la Tierra Santa, y haciendo expiación y penitencia de lo que debería ser su gloria, puso por obra hazañas que las historias apuntan y no particularizan. Allí batallando en defensa de la cruz, le llevó al fin la muerte á saber si esta penitencia era bastante ante el verdadero Juicio Divino.

Al menos no partió solo á la cruzada; otros catalanes llevaron allá sus buenas lanzas, incitados de piedad ó de la caballería, si él únicamente para purgar un crimen se hacía soldado de la cruz. Allí este fervor trajo á Gerardo, conde de Rosellón, uno de los primeros que entraron en la ciudad Santa; las costas de la Siria también indudablemente vieron á Guillermo Raimundo, conde de Cerdaña (1), y en las mismas después su hijo Guiller-

(1) Todos los historiadores de Cataluña han afirmado que el conde de Cerdaña Guillelmo Raimundo murió en su tierra, al paso que no cuentan pasase á la Siria sino su hijo Guillermo Jordán, al cual atribuyen todas las hazañas que junto á Tri-

mo se manifestó merecedor del sobrenombre de Jordán que ya tenía en su patria (1); á esa función memorable consagraron sus espadas, bien que en épocas distintas, Guillermo de Canet, el caballero Vilamala, consejero del mismo Godofredo al decir de las crónicas, el barcelonés Azalidis, Ramón Pedro Albaris señor del pueblo de Marca, otros muchos que las historias de aquel gran movimiento insinúan, con numerosas huestes de nobles y villanos. Ya antes los prelados y los mismos condes habían tenido que poner coto á la devoción de sus sometidos á visitar los lugares famosos por su santidad; y cuando Udulardo recibió en 1062 la investidura del vizcondado de Barcelona, prestó juramento de que sin licencia del conde no iría á peregrinar al Santo Sepulcro de Jerusalén, á Roma ni á Santiago. También se ha visto que el papa Urbano II, al expedir la bula para la restauración de Tarragona, puso aquella terminante cláusula de que los hombres de esta tierra que tuviesen hecho voto de cruzarse para Jerusalén, cumplirían con él acudiendo á esotra empresa de Cataluña, que fué decir á un mismo tiempo que aquí

poli se mencionan de un conde de Cerdaña. Esto no puede admitirse sin violentar el texto de los documentos. Guillelmo Raimundo otorgó testamento en 1095 con motivo del viaje que proyectaba á *ultramar*; y si se tiene en cuenta que con aquella cruzada partió á la Siria Raimundo, conde de Tolosa, y guerreó muy particularmente contra Trípoli donde vino á fallecer, no parecerá muy distante de la certeza que el de Cerdaña le acompañó, como que eran vecinos y amigos y quizás enlazados por algunos feudos. Además, únicamente así se explica que por 1099 muriese de un flechazo en el sitio de una plaza inmediata á Trípoli un Guillelmo, conde de Cerdaña; pues nos parece osadía negar esa muerte absolutamente sin ninguna prueba, como hace Diago, y compaginar una historia acomodaticia é inverosímil que fuerce al hijo Guillelmo Jordán á hacer dos viajes, que es decir, á ser el mismo personaje que acompañaba á Raimundo de Tolosa, á regresar á Cerdaña y á volver después á la Tierra Santa. Ello es que Guillelmo Jordán no otorgó testamento con este objeto de partir á ultramar sino el año de 1102; y harto se sabe que esta era la primera diligencia de casi todos los que allá pasaban, y no la hubiera descuidado á ser cierta la primera partida. Y para mayor confirmación de nuestro aserto, entonces marchó acompañando á Beltrán, conde de Tolosa, que con una armada genovesa y socorros del rey de Jerusalén iba á continuar la empresa de su padre Raimundo y á vengar con la toma de Trípoli su muerte.

(1) Es falso lo que dice Pujades de que el sobrenombre de Jordán lo debiese á sus hazañas ó á su muerte acaecida en Siria; pues el testamento de su padre, otorgado en 1095, ya le llama así.

era considerable el número de los que se cruzaban para la Palestina, y que á las puertas de sus mismos estados tenían su verdadera cruzada. Pero esta prohibición, que está diciendo la costumbre que comenzaba á introducirse y las guerras contra los árabes vecinos aconsejaban, no fué parte para que en lo sucesivo, ya más aseguradas las fronteras, se retrajesen los catalanes de aquella peregrinación guerrera. Y aun eso mismo, que parecía privar á la patria de sus hijos más ardidós, preparaba los medios más poderosos, quizás únícós, para proseguir la total restauración de Cataluña y asegurar y mejorar el estado con nuevas fuentes de riqueza, que á su vez trajeron nuevas costumbres é instituciones, y por medio de esa misma riqueza llevar por último las enseñas condales á expediciones más lejanas. Las cruzadas, que fueron el principal aumento de la navegación y tráfico de la Italia, comunicaron grande impulso á la marina catalana; como todo el movimiento que en estos condados y por la frontera pirenaica cundió á favor de aquella empresa, viso á concentrarse en Barcelona, única plaza capaz de abastecer de todo linaje de pertrechos y embarcaciones. El fervor creció al paso que menguaban los temores por la seguridad de Cataluña: el buen nombre de esta resplandecía en Siria con los hechos de los caballeros Guillermo Jofre de Cerviá, Cuculo su hermano, Pedro Guerau, Arnaldo Guillem, Ramón Folch, Pedro Mir ó Mirón, y de los muchos cuyos nombres no constan como su existencia; allá partían en 1110 Arnaldo Mirón, quizás de S. Martín, el intrépido defensor del huérfano, en 1116 Arnaldo Volgar, señor de los castillos de Flix, Conques, Figarola, Vallvert y Calaf; y para que á ese cuadro de heroísmo no le faltase su último toque, una dama del término de la *Roca*, Azalaida por nombre, entraba intrépida en las galeras que cargadas de tropas cruzadas zarpaban de Barcelona en 1104. Las historias de ese movimiento de Europa conservan la esclarecida memoria de aquel Pedro barcelonés, que fué Prior del Santo Sepulcro y murió en 1164 Arzobispo de Tiro.

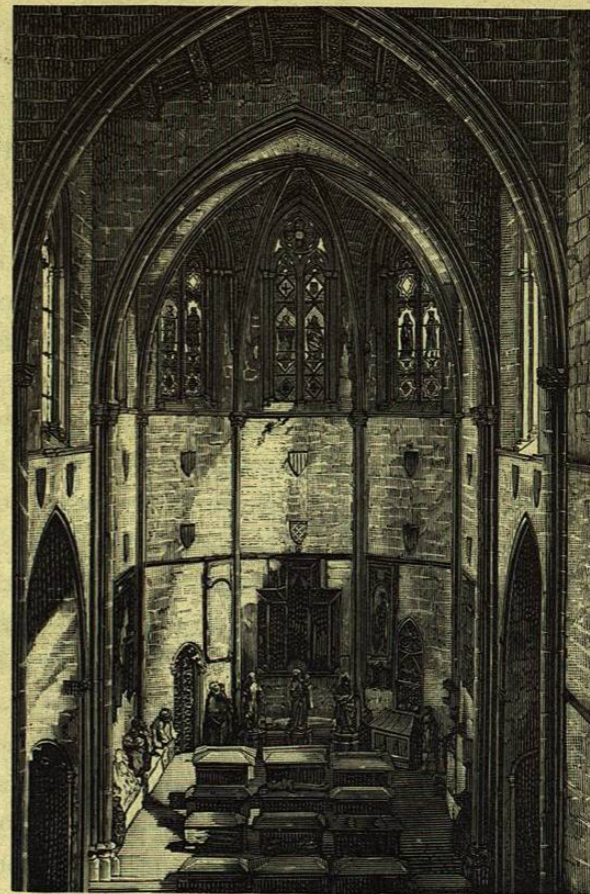
Feliz aurora fueron estos hechos para el condado de *Ramón Berenguer III*, y el suceso no vino á contradecir esos venturosos pronósticos que borraban la memoria del asesinato de su padre, de la orfandad suya, de la disensión de los barones catalanes, todo lo cual había sobresaltado su cuna y llenado de agitación sus años juveniles. Y puesto que Cataluña hubiese de deplorar la ocasión ó el medio con que entraba á ceñir la corona, al fin el resultado compensaba aquel triste suceso, como los mismos funestos accidentes de la pasada división de los estados habían de hacer más grata á todos su ansiada reunión en el joven príncipe. Su tío había sido forzado á contrarestar las fuerzas del Cid y las de los árabes: ahora Ramón Berenguer III desvaneció todo temor de guerra con el héroe cristiano desposándose, apenas sentado en el solio, con su hija María *Ruderic* ó *Rodríguez*; circunstancia singular que la época única ó al menos la más probable, que quepa señalar á este enlace, sea aquel mismo año de 1096, el de la acusación, desafío y sentencia del fratricida.

Esa ansiedad con que todos sus estados apetecían su mayoría, vióse bien manifiesta con lo de Carasona: aquellos leales ciudadanos, si en los pasados disturbios habían tenido que acogerse á la protección del vizconde Bernardo Atón, ahora de repente tomaron las armas para sacudir el yugo de ese protector que faltaba á su antiguo juramento de dejar el mando al cumplir el Conde los quince años; singular amor el de esas gentes, el cual, no pudiendo de pronto auxiliarlos el Conde, les acarreó una guerra la más feroz y desastrosa. Las espuelas doradas y el cingulo militar no fueron un mero distintivo para el animoso príncipe, que parece quiso hacerse igual al más simple caballero, ganándolos con una empresa de gran valía. Las campañas contra Tarragona y Tortosa habían sido su primera escuela militar, y si su corazón por esto propendía á lo que formaba parte de sus memorias juveniles, la salud de Cataluña legitimaba esa inclinación tan oportuna para redondear la re-

conquista. Quedaba en la frontera la fuerte plaza de Tortosa, centro de operaciones de los árabes desde la toma de Barcelona por Ludovico Pío, como llave del Ebro y de las comunicaciones con Zaragoza y Valencia. Infructuoso había sido todo ataque contra ella; pero el joven Ramón Berenguer sólo vió en estas vanas tentativas una clara necesidad de no repetirlas sino con más formales aprestos. Aislarla era punto menos que imposible; no tan difícil establecer en derredor fuertes apostaderos, á cuyo amparo pudiesen los cristianos trocar las algaras en bloqueo, y si la ocasión brindase, el bloqueo en riguroso sitio. Concertóse, pues, con el denodado Artal, conde de Pallars, raza no menos guerrera que la de Urgel, otro de los fundamentos de la restauración catalana y quizá de la aragonesa, para que cuidase de la reedificación y fortificación del castillo de Amposta y se encargase de su defensa, dándole además en feudo los de Grañena y Tárrega, y prometiéndole con igual título la posesión de Tortosa y su alcázar ó *Suda* para cuando la rindiesen. Á las dificultades que la empresa ofrecía de suyo, agregáronse sin duda por aquellos tiempos la muerte de su suegro el Cid, que mantenía ocupados á los sarracenos de tierra de Valencia, y el desamparo de esta ciudad por los cristianos, con el cual pudo Tortosa recobrar seguridad por la otra parte del Ebro. Ni tampoco vió mucho tiempo á su lado á su esposa, la hija del de Bivar, la cual falleció en 1105; mas ni esa pérdida ni su segundo enlace con Almodis, en 1106, distrajeron su ánimo dado enteramente á la guerra contra los árabes.

Continuaba la alianza que sus mayores habían tenido tan estrecha con la casa de Urgel: quizás sólo obrando de consuno los dos príncipes más poderosos de Cataluña, podía adelantarse la restauración, y si esta consideración no les moviera, sí ciertamente el parentesco de entrambas casas nacidas del mismo tronco de Wifredo. Era además la de Urgel cepa de héroes, que arraigada en el corazón del Pirineo y criada al rigor de las tempestades y de los vientos, había dado y de continuo produ-

cía frutos de gran precio en fortaleza y constancia. Las virtudes verdaderamente heroicas de aquellos remotos tiempos, en los varones de Urgel más que en ninguna otra casa han de buscar-



INTERIOR DE SANTA ÁGUEDA
(Actual Museo arqueológico provincial)

se por lo que á estas partes de España concierne; el nombre de Urgel suena donde quiera que aquí hubiese infieles que acometer y peligros que arrostrar; y en los gloriosos cuadros de sus anales, ya lidiando por su país, ya por Barcelona ó por Aragón, las figuras de sus guerreros se destacan enérgicas y senci-

llas, empuñada la espada, la mano en la silla, los ojos en la raya sarracena. Sobre estas descollaba con recientes rasgos la grandiosa de Armengol de *Gerp*; y la muerte, que acababa de arrebatarse prematuramente á su hijo Armengol el de *Valladolid* ó de *Mayeruca*, no servía sino de acrecentar las altas proporciones de este mancebo, pues le había encontrado con las armas en la mano, igual á sus progenitores en hazañas ya al principio de su carrera. Ahora empero era mayor la gloria que de esa alianza redundaba al barcelonés: los moros vasallos de Urgel, particularmente la ciudad de Balaguer, acababan de rebelarse; el condado sin cabeza; el sucesor del difunto Armengol de Mayeruca, niño y en Castilla con su madre. En tal estado su abuelo y tutor el conde D. Pedro Ansúrez, señor de Valladolid, apeló á los antiguos tratos con la casa de Barcelona; y uniendo Ramón Berenguer sus huestes á las de Urgel en defensa del huérfano, facilitó la toma de Balaguer y de los castillos de aquella ribera del Segre, de que recogió gloria y nuevas posesiones.

De esta manera emparejando los aprestos contra Tortosa y esas conquistas que poco á poco estrechaban á Lérida, prestando ayuda enérgica á los señalados hechos de armas de Aragón, los catalanes contribuían á destrozar, á terribles hachazos, aquel emirato de Zaragoza tan fuerte al principio, tan compacto en medio de las guerras civiles, tan constante en oponerse como muro á la tenaz reconquista de esos cristianos. Los Almoravides, que habían respetado aquella casa de Zaragoza, ya no podían fiar su defensa á las solas fuerzas de ella: el príncipe Abu Taher Temim, gobernador en Valencia por su hermano el rey ó emir de Marruecos, pronto envió en auxilio del Zaragozano al caudillo Muhamad ben Alhag, á tiempo que el rey Alfonso el *Batallador* extendía sus talas hasta las mismas puertas de Zaragoza. No era entrar en ella el principal objeto de la venida de Ben Alhag; antes «conforme á la orden que llevaba» (1)

(1) *Conde*, Part. 3.^a, cap. 24.

partió luégo contra las tierras del barcelonés (1109): con lo cual evidenció hasta qué punto se sintiesen heridos los árabes de las armas catalanas. Fuéle próspera la algara, no tanto su regreso; que si aquella cogió desprevenidos los moradores del interior del condado, pasada la sorpresa nada le valió que se enriscase con su hueste en su retirada, y todas las guerras anteriores le estaban diciendo que allí se le anticiparían los cristianos. Allí en efecto, sorprendido y asaltado con furor, encontró su derrota y su muerte con los más de los suyos. La pérdida de la flor de su caballería y de su jefe apesadumbró al Emir de los Almoravides; y acabó de demostrar cuánto temía de aquellos denodados guerreros del Afranc, con enviar sin demora nuevo ejército y el walí de Murcia Abu Bekr ben Ibrahim. Rompió el nuevo general desde Tortosa y Fraga contra el condado de Barcelona, y cual furiosa avenida «taló sus campos, quemó las alquerías, y robó los ganados y frutos en veinte días que campeó sus comarcas,» (1) pero si su invasión procedió con la velocidad del rayo, con la misma se juntaron catalanes y aragoneses á cerrarle el paso en su retirada. La batalla fué brava y sangrienta, el destrozo considerable en una y otra parte, y podemos inferir que no vencieron los sarracenos, ya que sus historiadores escriben que «unos setecientos musulimes lograron la corona del martirio», frase con que su fanatismo suele hacerles llevadera y aun apetecible la derrota.

Á tanto estrago juntóse la muerte de Almodis, segunda esposa del conde; mas así como su primer enlace le acarreó la amistad del Cid, ese triste suceso al parecer estaba destinado á compensar con el aumento de su corona los daños recibidos. Dulcia, heredera de los condes de Provenza, con la cual celebró terceras nupcias á principios de 1112, le trajo aquellas pingües posesiones que tanto contribuyeron á la cultura de sus tierras catalanas: era la Provenza rica en armas, en población, en le-

(1) *Conde*, Part. 3.^a, cap. 24.